

El asesinato de Pitágoras y El oro de Newton

JOAN JAREÑO RUIZ

La lectura nunca deja indiferente. Al terminarla, aunque sea de ficción, no somos los mismos que la empezamos. Es inevitable que además de provocarnos alguna reacción (placer, diversión, dolor...) haya dejado algún tipo de poso. El hecho de que una novela se sitúe en un contexto histórico, geográfico o cultural hará que algo aprendamos también de ese contexto. Especialmente si el autor lo muestra con un cierto rigor y, más especialmente aún, si la explicación de este contexto es uno de los motivos que le ha llevado a escribirla.

En los años 80 del siglo pasado aparecieron dos títulos que arrasaron en las librerías: *El nombre de la Rosa*, de Umberto Eco, y *El mundo de Sofía*, de Jostein Gaarder. Eran dos títulos en los que este objetivo divulgativo tenía diferente peso. En el caso de *El mundo de Sofía* era más que explícito un carácter educativo. Una trama mínima servía de excusa para exponer una breve historia de la filosofía. Fue un modelo que después se ha imitado frecuentemente y del que podemos encontrar más de un ejemplo relacionado con las matemáticas. Entre ellos *El diablo de los números* (H. M. Enzensberger), *El teorema del loro* (D. Guedj) o *Malditas Matemáticas, Alicia en el país de los números* (C. Fabretti). Según este modelo un guía experto acompaña a otro protagonista in-

experto y le va presentando ordenadamente los conocimientos que el autor quiere transmitir. Esta tipología de textos todavía muestra una cierta fortaleza, y lo encontramos comercialmente vital en éxitos recientes como el de *La puerta de los tres cerrojos*, de Sonia Fernández-Vidal, donde se pretende introducir a nuestros jóvenes lectores en los entresijos de la física cuántica.

En el largamente imitado modelo propuesto por Eco en *El nombre de la rosa* no se descarta la transmisión de conocimiento, la divulgación, pero no tiene por qué ser el único objetivo. Ni tan sólo, el principal. Lo que aprendemos lo hacemos a través del contexto histórico y argumental que enmarca la historia narrada, ya sea ésta de intriga, de aventuras, dramática, etc. No dejan nunca de ser novelas, por tanto ficciones, y cada autor se concede su propio margen de rigor en la presentación de personajes históricos, sucesos reales o informaciones científicas. También decide si la transmisión de conocimiento, como objetivo, ha de ser más importante o lo ha de ser menos. En el caso de Eco no parece muy equivocado pensar que se nos quería explicar un tiempo, un lugar y un conflicto de poder ligado a ellos. La trama policíaca era el puente. El lema sería «instruir deleitando».

Si se ha conseguido o no se puede juzgar de diferentes maneras. Seguramente, los neófitos consideraremos que aprendimos algo de las disputas político-religiosas de la Edad Media con la lectura del libro de Eco, mientras que algunos historiadores dirían que el tema estaba banalizado o se rasgaron directamente las vestiduras por las licencias tomadas por el autor y las imprecisiones cometidas. En todo caso, es un juego en el que se entra o no, dependiendo de la habilidad de la persona que escribe, del grado de conocimiento sobre el tema de la que lee y de la predisposición con que se aborde la lectura.

Es fácil suponer que, si queremos que las matemáticas se den a conocer, hemos de dar la bienvenida a la aparición de nuevos títulos ficción donde éstas proporcionen un contexto (no negativo, por supuesto) en el que se propicie que cada vez haya más personas que se interesen por ellas. En todo caso,

puestos a pedir, se espera que el libro tenga un mínimo de dignidad y que en él las matemáticas no se metan con calzador, que se integren, que tengan un sentido.

En la novela no son muchos los casos en los que esto sea así. Un par de conocidos, basados en personajes históricos, son *El contable hindú* (David Leavitt), que narra la relación entre Hardy y Ramanujan, y *La medida del mundo* (Denis Guedj), que explica de forma novelada la epopeya de la medida del meridiano entre Dunkerke y Barcelona para el establecimiento del metro como unidad universal. Si hablamos de ficción pura recordaremos *El tío Petros y la conjetura de Goldbach* (Apostolos Doxiadis), *La fórmula preferida del profesor* (Yoko Ogawa) o *Los crímenes de Oxford* (Guillermo Martínez). En estos ejemplos (por cierto, tres de ellos escritos por matemáticos) las matemáticas tienen un importante peso argumental que se integra de forma suficientemente natural: encajan. ¿Es así en las dos novelas que vamos a comentar?

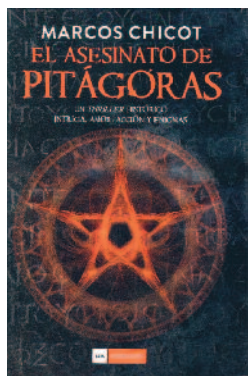
Los dos textos se ajustan, cada uno a su manera, al «modelo Eco»: instruir y entretener. En el caso de *El asesinato de Pitágoras*, la intriga, puramente policíaca, se lleva todo el peso; y Pitágoras y las matemáticas, sólo nos proporcionan un entorno. Predomina el entretenimiento.

El caso de *El oro de Newton* es más complejo, ya que la novela también lo es y toca más teclas: hay historia, aventura, drama, matemáticas, arte... incluso comedia con unos histriónicos Goebbels y Hitler de por medio. Es más evidente la intención (in)formadora por parte de sus autores. Quizás porque ambos vienen del mundo de la educación.

Dado que en los dos casos que se presentan hay una clara intención de retener al lector con las tramas intentaremos comentarlos sin desvelar demasiado de ellas.

El asesinato de Pitágoras

Autor: Marcos Chicot
 Editorial: Duomo Ediciones
 Año de edición: 2013
 ISBN: 978-84-9949-550-7



El asesinato de Pitágoras presenta una increíble historia de crímenes situada en la Escuela Pitagórica de Crotona. Pura acción estilo *best-seller* que se ha de abordar con el espíritu relajado. Si no es así, quizá sea

mejor no acercarse. Encontraremos un Pitágoras casi beatífico que no es ni asesino ni objeto de asesinato como la preposición «de» en el título invita a pensar. En todo caso, las matemáticas no entran en la novela solamente por ser el objeto de trabajo de algunos de sus protagonistas, sino que determinados retos numéricos y geométricos acaban formando parte de la trama.

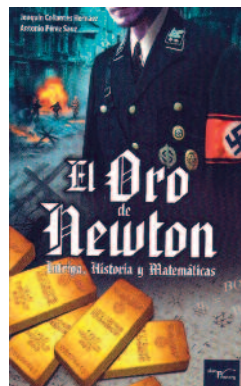
Durante la lectura tendremos que ser laxos con la adjudicación de descubrimientos arquimedianos como propios de los protagonistas pitagóricos. También en aceptar anacronismos de todo tipo, como el uso en la antigua Grecia de las medidas del sistema métrico decimal, de los meses de nuestro actual calendario o de los números decimales.

Más aún, tendremos que hacer acto de fe sobre el exagerado valor político y económico que se concede a los conocimientos de matemática pura. Lo más interesante matemáticamente, y que podría ser de uso en nuestras aulas matizando debidamente el texto de la novela, es el reto de descubrir y afinar el valor de π con el único uso del teorema de Pitágoras. De

hecho, el propio autor, en una carta al lector (que precede el anuncio de una continuación con los mismos protagonistas), nos explica que el estudio de este problema es el que provocó la escritura de la novela.

El oro de Newton

Autores: Joaquín Collantes Hernández y Antonio Pérez Sanz
 Editorial: Liber Factory
 Año de edición: 2014
 ISBN: 978-84-15945-09-3



El Oro de Newton está escrito al alimón por el conocido y reconocido divulgador matemático y frecuente colaborador de Suma, Antonio Pérez Sanz y por Joaquín Collantes, que tampoco es ningún neófito en estos menesteres, ya que durante cuatro años fue el encargado, con el asesoramiento de Pérez Sanz, de la

sección *Ficciones matemáticas* / *Érase una vez un problema* de la web de Divulgamat:

<http://goo.gl/mKxJzQ>

La historia tiene dos partes diferenciadas. La primera, que se lleva el grueso de la lectura, se sitúa en la Alemania nazi entre el período de ascensión de Hitler y el final de la Guerra. La segunda, de mucho menor volumen, transcurre en nuestros tiempos.

En la primera hay una cierta mezcolanza de géneros (drama, intriga, novela histórica...) y los autores nos invitan a seguir una ficción con algunos aspectos ciertamente inverosímiles en un contexto histórico muy determinado, concreto y conocido. Así se nota una cierta y justa preocupación porque diferenciamos, de forma natural, lo que está basado en informaciones reales de lo que está inventado. En esta primera parte las matemáticas encajan de una manera un tanto forzada y no tienen demasiado peso argumental. Se justifica su presencia porque el protagonista es matemático y se relaciona con matemáticos que tienen por costumbre intercambiarse retos.

Esos retos no interfieren para nada en la historia como demuestra que las soluciones se dejen para un apéndice final y que los personajes discutan poco o nada sobre ellos o sobre la importancia de la matemática en sus vidas. Dichos problemas podrían, perfectamente, no estar en la novela. Hay que decir, sin embargo, que como retos son muy interesantes. No han sido escogidos a la ligera y son coherentes con el nivel de conocimiento matemático de los protagonistas. Pensemos, por ejemplo, en los problemas planteados a los supuestos matemáticos profesionales de la película *La habitación de Fermat* en la que, para no «perder» al público, se plantean conocidísimos juegos de recreación matemática de nivel de la ESO. En *El oro de Newton* el papel de los problemas es más «de relleno» que argumental. Valdrá la pena interrumpir la lectura y dedicarles un tiempo.

Otra justificación para la inclusión de temas matemáticos en esta primera parte se relaciona con la requisita por parte del gobierno alemán de bibliotecas científicas de particulares judíos. Alguno de los documentos requisados, no precisamente matemático, dará sustento a una parte importante de la trama. Los capítulos dedicados a la descripción de estas bibliotecas, especialmente en lo que respecta a los títulos matemáticos, son impagables y nos imaginamos perfectamente a los autores de la historia fro-tándose las manos mientras seleccionaban uno por uno los títulos históricos que tenían que formar parte de esta biblioteca ideal. Realmente nos hacen desear tener entre las manos cada uno de los ejemplares citados.

La segunda parte (en realidad tercera del libro), aunque está íntimamente ligada con la anterior, podría

casi ser una mininovela de aventuras independiente. A penas ochenta páginas situadas en nuestro país y en nuestra época. En ella las matemáticas si juegan un papel importante en el desarrollo de la trama, pues sin su concurso no se puede resolver el misterio planteado.

En resumen, se trata de dos novelas con contexto matemático en su argumento. En *El asesinato de Pitágoras*, la narración está mucho más orientada hacia el entretenimiento puro en el que el autor se permite muchas licencias con la historia, matemática y no matemática. *El Oro de Newton* también tiene como objetivo hacernos pasar un buen rato, aunque no es el único y los autores juegan con el rigor histórico de otra manera: se permiten licencias más o menos justificadas para llevar adelante la ficción exponiendo al mismo tiempo hechos veraces y contrastados que, por el drama que conllevaron, no quieren tomar a broma. De alguna manera saben hacernos diferenciar unos de otros.

Si en la primera de esas novelas las matemáticas, aunque con escasa credibilidad, las matemáticas proporcionan una parte importante del hilo argumental; en la segunda, podrían perfectamente no estar y ser substituidas por otro contexto en su primera parte, pero nos regalan una magnífica colección de una veintena de problemas que se vuelven imprescindibles en la resolución de su segunda historia.

JOAN JAREÑO RUIZ
INS *Alélla*, *CESIRE* - *CREAMAT*
<resenas@revistasuma.es>